

¿morir tú hoy, esta noche, entre mis brazos? ¿es eso posible?

— Morir, no, respondió Blanca, nacer. Salgo del sueño en lugar de entrar en él: la pesadilla se ha concluido, ahora me despierto. ¡Oh! ¡si tú supieras qué hermoso es y la luz que brilla allí! En comparacion de ella, vuestro sol no es mas que oscuridad.

Se dejó caer sobre las almohadas, estuvo unos instantes silenciosa, y luego continuó:

— Los momentos que me quedan que pasar en medio de vosotros son muy cortos. Quisiera que todos estuvieseis aquí para decirme lo que llamais « un eterno adiós », y que en realidad no es mas que un « hasta la vista. » Todos, ¿lo entiendes bien? Tú en primer lugar, el buen doctor, Ursula, y Cipriana, y José.

El nombre de José lo pronunció mas despacito que los otros: era el último suspiro, la última pena de la Pipione.

Desde este momento, pareció no estar ocupado su espíritu sino con las cosas del cielo.

Todos los que ella habia deseado ver en sus últimos momentos, todos estaban al rededor de su cama. Elena, el doctor Ozam, Ursula, Cipriana y José.

Las cortinas estaban corridas, la lámpara cubierta con la pantalla, y reinaba en el cuarto una media oscuridad.

Todos guardaban silencio.

No se oía el menor ruido: solo de vez en cuando un gemido sofocado, un suspiro.

Blanca habia exigido, — porque cada uno de sus deseos era una verdadera exigencia, — que Cipriana se colocase cerca de ella, así como José, el único hombre que habia hecho latir su corazón, y su rival, á la que llamaba hermana.

Volviendo hácia ellos sus ojos apagados, les dijo con una sonrisa celestial:

— ¿No os impedirá vuestra dicha el acordaros de mí?

Y mirando particularmente á Cipriana, la dijo:

— ¡Qué hermosa sois!

¿Era esto una expresion de sentimiento, de celos ó de envidia? Yo no sé... pero si el sentimiento era malo, Blanca lo desechó bien pronto, porque casi en seguida añadió:

— Veo vuestra alma que es mas hermosa aun que vuestro rostro: sois buena, hermana mia, y yo os amo.

Sacó su descarnada mano de debajo de las sábanas, y la tendió á Cipriana, que llevándola á sus labios y arrodillándose al pié del lecho, le dijo enternecida:

— Vos sois una santa, Blanca.

Los cabellos destrenzados de ambas jóvenes se mezclaban, sus dos mejillas, la una sonrosada y fresca, la otra pálida y descajada, formaban un singular y melancólico contraste.

Blanca acercó sus descoloridos labios al oído de Cipriana, y con voz débil como el susurro de la brisa, le dijo despacito:

— Yo os amo. Amadlo vos mucho en memoria mia.

— ¡Ah! querida hermana mia! exclamó Cipriana prorumpiendo en sollozos...

— Sí, replicó Blanca con inefable sonrisa, seré vuestra hermana que está en el Cielo...

Durante este diálogo enternecedor, el doctor y José, de pié al lado de la cama, contemplaban conmovidos á aquellas dos jóvenes, mientras que Elena, postrada de rodillas en el rincón mas oscuro del cuarto, hacia vanos esfuerzos para orar.

Esfuerzos, á decir verdad, no; porque ni aun se sentía con el valor para sufrir; se habia apoderado de ella una tranquilidad muda. No lloraba siquiera, y miraba morir á su hija con los ojos enjutos, casi con indiferencia. No comprendía, por decirlo así, lo que pasaba á su alrededor.

La mano de Blanca se desprendió de la de Cipriana, y la moribunda llamó á José con una mirada.

— Es menester que sepais tambien, amigo, le dijo, que os he amado mucho. La violeta que florece debajo de la yerba, suspira algunas veces por no verse mirada. Se indigna contra la mano indiferente que la ha despreciado y contra el ojo que no ha sabido descubrirla. Hé ahí por qué ella embalsama el aire. Haciendo sentir su delicioso perfume, dice: « Aquí estoy yo, fijad vuestra atencion en mí. »

Yo era como la pobre violeta, vos habeis pasado, no me habeis visto, y por eso me muero.

Sed bendito, sin embargo, José, por haberme dado á conocer ese dolor... es un dolor bien cruel... pero al mismo tiempo bien dulce.

La pobre violeta se ha marchitado é inclina su cabeza medio seca sobre su tallo; pero su último perfume es para vos.

Volvió á coger de nuevo la mano de Cipriana, y tomando al mismo tiempo la de José, las estrechó ambas en un mismo apretón...

— Ahora vuestro turno, doctor; antes de partir quiero despedirme de todos mis amigos. Vos sois un sabio, mi querido doctor Ozam, y ciertamente me habiais salvado si el mal no hubiese estado aquí.

Y llevó la mano á su corazón.

— Salvándome me habiais hecho un mal servicio; ¿qué tenia yo que hacer en adelante en este mundo, sino sufrir?

Y dirigiendo la vista á José y á Cipriana, añadió:

— ¡Sufrir y hacer sufrir! y lo uno es tan triste como lo otro.

Y ahora, adios, amigos míos; me parece que la tierra está ya muy lejana: yo no veo ya vuestros rostros sino al través de un velo. Me parece que camino muy de prisa y llevada como un pájaro, para irme á posar en un sitio que ignoro, pero que deseo. Adios.

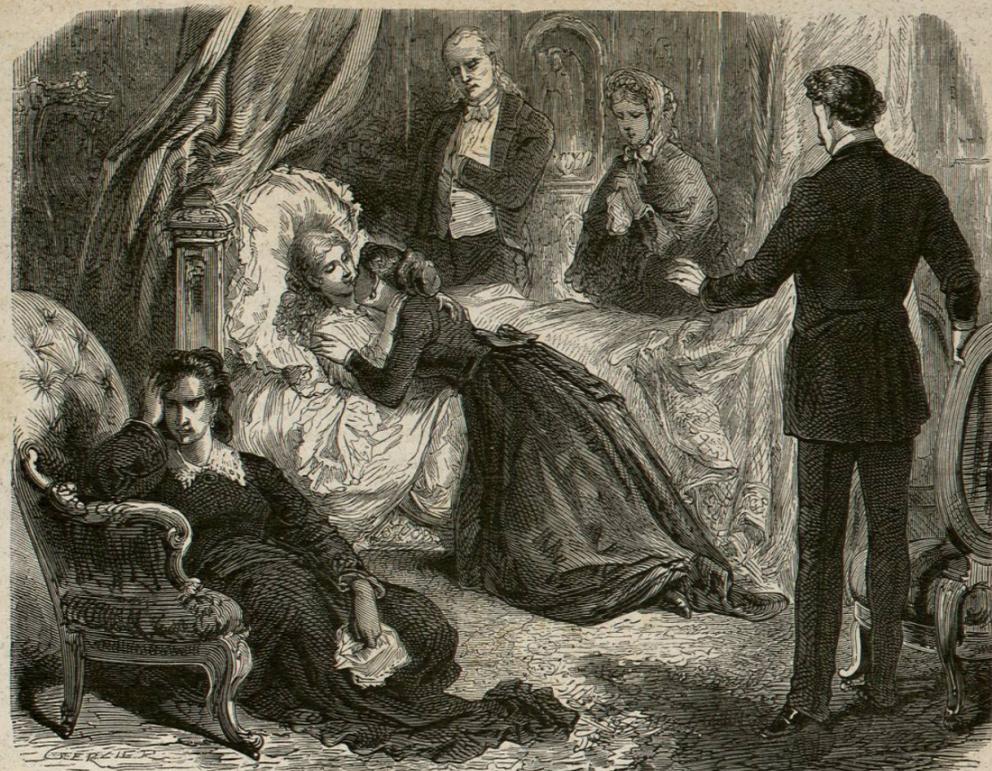
Cerráronse sus grandes párpados, y volvió á caer de nuevo en aquel sueño ó éxtasis del que habia salido durante algunos minutos.

Hácia la una de la madrugada le empezó el estertor, débil como un gemido ó como el arrullo de una tórtola.

Este ruido siniestro fué solo el que pudo sacar á Elena de la atonía en que se hallaba postrada.

Su hija, su hija querida iba á morir.

¿Se sabe qué pensamientos y sueños atraviesan los cere-



Elena, postrada de rodillas en el rincón mas oscuro del cuarto, hacia vanos esfuerzos para orar.

bro en los momentos de una desesperacion suprema? ¿Se sabe en lo que piensa el condenado á muerte en la mañana misma en que ha de ejecutarse su suplicio?

Todos los requisitos legales se han cumplido; todos los preparativos de muerte están hechos: no importa, — todavía tiene esperanza; ¿en qué? él mismo no podria decirlo. — En un cataclismo, en un acontecimiento imprevisto, en un milagro, ¿quién sabe?

Así la condesa de Monte-Cristo, que sabia que toda curacion era imposible en lo sucesivo, esperaba...

¿Pues qué, podia morir su hija? su hija, es decir, un ser sagrado, excepcional, divino...

Todas las madres son lo mismo. Comprenden y admiten que pueda suceder una desgracia á su vecino, á ellas mismas, pero ¿á su hijo?... eso seria una injusticia por parte de Dios, y Dios no es injusto.

El estertor solo fué bastante poderoso para disipar sus ilusiones... Se precipitó sobre la cama y empezó á gritar:

— ¡Blanca, Blanca!... hija mia... hablame, mirame...

Blanca no respondia: no veia, no oia. Sus manos contraidas estrujaban las ropas de la cama de ese modo bien conocido de los médicos y de las enfermeras.

El ángel de la muerte sembraba violetas sobre sus mejillas y su pecho, el frio glacial iba subiendo gradualmente desde las extremidades al centro. No tardaria en llegar al corazón y paralizar sus movimientos.

En vano Elena gritaba, gemia, lloraba, rogaba, besaba las mejillas y las manos de su hija para recalentarlas con su aliento y sus ardientes caricias.

Todo era inútil.

El doctor Ozam recorrió la cortina de la ventana. Todavía no se veia; en la calle silenciosa no se oía mas ruido que el de los empleados de la villa que venian á apagar los faroles, y el de los barrenderos.

Poco á poco se fueron extendiendo por el horizonte algunos reflejos de un ópalo sonrosado, y el cielo se fué aclarando por momentos. El alba venia.

Blanca abrió sus ojos; pero aquellos ojos dilatados, cubiertos de un velo, ya no tenian vista; sus labios se agitaron por tres veces con un movimiento convulsivo, y sus párpados volvieron á bajarse de nuevo. Apareció sobre su rostro aquella inefable sonrisa de otras veces, y exclamó débilmente:

— ¡La aurora! ¡la aurora!

Los asistentes, á esta escena, sintieron como un soplo embalsamado que atravesaba la estancia, y adivinaron que era el alma de Blanca que se volaba por la ventana abierta, y penetrados de un terror religioso, se postraron todos de rodillas.

El doctor Ozam, que se hallaba de pié cerca del lecho, aproximó á los labios entreabiertos de la jóven un espejo, cuyo cristal pulido y terso sufrió esta prueba sin empañarse en lo mas mínimo. — La que fué Pippione, y luego Blanca, habia muerto!...

XLVI

EL CALVARIO DE LAS MADRES.

Los instantes que siguieron despues fueron terribles.

Pasados los primeros momentos de una profunda emocion, Elena se arrojó sobre la cama de su hija, estrechando su cadáver fuertemente contra su pecho.

— Sí, ¡era bien su hija!... aquel cuerpo inerte y frio... aquellos ojos entreabiertos en los que solo se veia lo blanco de sus pupilas... aquellos labios amoratados y torcidos por una contraccion... por entre los que se entreveian los dientes apretados... aquel cadáver, en fin,

¡Era bien su hija!

Cerró piadosamente aquellos ojos que tanto placer tenia en abrir en otro tiempo con sus besos; juntó tambien aquellos labios, y dió un profundo y doloroso gemido.

Despues se apoderó de ella el delirio. No queria creer que su hija habia muerto; estrechaba convulsivamente las manos al doctor Ozam, solicitando de él una mentira.

— ¿No es verdad que no ha muerto, M. Ozam? le decia. Su pecho está caliente todavia, y su corazon late; mena sus labios, y yo siento el soplo de su respiracion. No está mas que desvanecida, y vos la vais á hacer volver en sí, ¿no es verdad?...

Despues, dejándose caer con el mayor desaliento, exclamaba:

— ¡Mi hija... mi adorada hija Blanca ha muerto!...

Y dirigia miradas llenas de odio y rencor á Cipriana con las que le decia:

— Por causa tuya... por tí, es porque ha muerto.

Todos los que eran testigos de semejante exaltacion permanecian silenciosos y tristes.

¿Qué hubiesen podido decirle? ¿Qué consuelos habrian podido ofrecer á aquel corazon desesperado?

Volviéndose bruscamente hácia ellos, les dijo con ademán feroz:

— Marchaos... Salid de aqui... Quiero estar sola... sola con ella.

Todos obedecieron en silencio.

Luego que salieron y se cerró la puerta, la condesa propinó en dolorosos gemidos. Se acercó al lecho, é incorporando sobre los almohadones aquella forma humana que habia sido su hija, empezó á revestirla, á amortajarla. — La puso una bata de encaje, flores en la cabeza; que sé yo... Despues, cogiendo su mano entre las suyas, se sentó al lado de la cama, en el sitio que tenia de costumbre.

Le hablaba despacito como lo hacia otras veces, y como si hubiese podido oírle y responderle, y le decia:

— No te vayas... ¿No estás tú bien aqui en medio de nosotros? ¿En dónde te querrán mas que aqui? ¿Qué paraíso será mejor que el amor de tu madre?

Y le parecia que á lo lejos oia una voz que le respondia:

— Yo estoy aqui... te escucho... estoy en tí.

Esta ilusion adormeció su dolor por algun tiempo.

Fijó la vista en un libro que estaba sobre la mesa, encuadernado en piel negra, y como se hallaba al alcance de su brazo, alargó su mano y lo tomó. Lo abrió maquinalmente, y la casualidad hizo que fuese por aquel capitulo de la vida de Jesus, en el que hallándose el Hombre-Dios en el huerto de los Olivos en la noche que precedió á su pasion y muerte, le dice á su Eterno-Padre:

— « ¡Señor, Señor, apartad de mí este cáliz! »

¡Ah! el cáliz no se apartó. Fué preciso beber hasta las heces.

Cuanto mayor es el dolor, y cuanto mayor es la resignacion con que se le recibe, tanto mas se purifica y ennoblece el alma, porque el sufrimiento y el dolor es lo que purifica y santifica.

A Jesus le fué necesario sufrir un dolor inmenso, inconmensurable, porque Jesus-Hombre era al mismo tiempo Dios.

La lectura de este capitulo tranquilizó por un momento el alma turbada de Elena, porque halló en las angustias y dolores de Jesus cierta analogía con las que ella estaba padeciendo.

Volvió á arrodillarse nuevamente, y con el rostro cubierto con sus manos, esta vez pudo orar.

Era ya muy de dia, y cuando Elena, al fin de su oracion, levantó la cabeza y dirigió la vista á su querida muerta, vió que un rayo de sol, entrando por la ventana que seguia abierta, habia venido á jugar sobre la cabeza de Blanca, y le formaba una especie de aureola.

Este hecho tan natural, le pareció á la condesa una advertencia de lo alto, una señal cierta de la gloria reservada á su hija en el cielo.

Mientras tanto, el tiempo marchaba con rapidez.

Se presentó el médico encargado de hacer constar la defuncion. Luego vinieron las enterradoras.

Iban á arrebatar á la condesa su hija por segunda vez.

Rechazó á aquellas lúgubres camareras, y no quiso que el casto cuerpo de su hija fuese tocado por manos extrañas de tal naturaleza; y en medio de su profundo dolor, ella misma fué la que le envolvió en el sudario y le colocó en el ataúd.

En lo exterior, manifestaba una impasibilidad mucho mas

espantosa y aflictiva que los sollozos y gritos de la noche anterior.

No habia mas que una muerta en la casa; pero la que iba, venia, daba órdenes y hacia alarde de todas las señales exteriores de la vida, estaba, en realidad, mas muerta que viva.

El aislamiento de que le habia sacado la Pippione durante algunas semanas pasadas en una inefable alegría; aquel aislamiento volvia á renacer ahora para ella mas grande y mas terrible.

Aquel dolor reciente hacia revivir en el alma de Elena todos los dolores pasados; y así como una herida fresca hace separar los labios de la cicatriz, de una herida antigua, así el llanto que le hizo derramar la muerte de su hija, volvió á abrir la fuente de sus lágrimas y la hizo llorar de nuevo por Jorge, por Octavio, por todos aquellos que habia amado y que habia ido perdiendo sucesivamente, por todos aquellos que no habia vengado todavia.

Ahora eran tres los seres queridos que reposaban en la tierra fria, cuyo recuerdo la atormentaba noche y dia.

Los amigos de Elena se alarmaban al verla en este estado, y conocian que ahora, mas que nunca, necesitaba, segun el estado grave en que se hallaba, un brazo fuerte que la sostuviese, un corazon con quien franquearse y desahogarse.

Ni José ni Cipriana podian encargarse de esta mision consoladora, porque su sola vista, recordándole la causa de la muerte de su hija, renovaba sus dolores y los hacia mas punzantes y vivos.

Hacia unos dias que estos dolores no tenian mas que una prolongada crisis; crisis variada, por decirlo así, puesto que los accesos de gritos, sollozos y gemidos eran seguidos, alternativamente, por periodos de inercia y atonia.

Si llegaba á prolongarse un dolor de esta especie, ó mejor dicho, una situacion semejante, no podia venir á parar sino en una de dos cosas: ó en la locura, ó en la muerte.

Hacia ya muchas horas que el cuerpo de Blanca se hallaba en el ataúd, y su desconsolada madre no habia permitido, ni que se cerrase el féretro, ni aun siquiera que nadie lo tocase.

Todo el dia, toda aquella noche y el dia siguiente, habian pasado sus amigos teniendo delante de sí aquel triste espectáculo.

Era preciso arrancarla, á toda costa, de aquella contemplacion fúnebre. El doctor Ozam fué el que se encargó de ello.

Este príncipe de la ciencia, que estaba dotado de un bello corazon y animado de los mas nobles sentimientos, era un hombre de unos sesenta años de edad; sus cabellos blancos, largos y rizados, escasos en la parte superior de la cabeza, le caian por detrás sobre los hombros; y su cabellera blanca era la única señal exterior que indicaba sus años. Su estatura era alta, fino su talle y su cuerpo ágil y nervioso. Su rostro, iluminado por sus grandes ojos pardos, en los que se veia en ciertos momentos una dulzura singular, conservaba todavia cierto aire juvenil. En el interior de aquella

frente sin arrugas, tersa como el marfil, se adivinaba la existencia de un pensamiento activo, una voluntad firme y un espíritu recto.

No se veian al lado de sus labios esas comisuras ó líneas profundas que denuncian la ambicion frustrada y la amargura de la envidia; pero entre los dos ojos habia un surco profundo y perpendicular que, por su color encendido, se asemejaba á una cicatriz, y no era sino una señal distintiva de la meditacion profunda, la noble herida por donde Minerva armada sale del cerebro del hombre pensativo, como en otro tiempo salió del cerebro de Júpiter.

Tal era el hombre que se habia encargado de consolar á aquella madre que, como la madre de Rama, no queria ser consolada.

En el momento en que el doctor Ozam entró en el cuarto, quizá por la centésima vez, encontró á Elena arrodillada cerca del ataúd, y ocupada en levantar el paño mortuario que cubria el rostro lívido de Blanca, como para asegurarse nuevamente, por la milésima vez, de que estaba realmente muerta.

Al verla, el doctor alzó ligeramente los hombros y se sonrió.

— ¿Sois vos, dijo, la mujer fuerte que yo he conocido en otro tiempo, la misma que encuentro hoy tan débil contra el dolor?

Elena levantó la cabeza y miró al doctor con aire extrañado.

De seguro que las palabras pronunciadas por el doctor no habian sido para ella sino como un ruido vago, sin ninguna significacion ni sentido.

— ¿Qué me quieren? preguntó; ¿qué me quereis?

— Quiero, respondió con firmeza el doctor, arrancaros de esa tumba, y avergonzaros por la cobardia de vuestro dolor. Quiero que os acordeis de lo que érais en otro tiempo, y que aceptando con sumision esta prueba, cuya gravedad no me disimulo, os mostreis mas fuerte y os levanteis, en vez de abatiros en esa contemplacion silenciosa, que no es un dolor racional, sino una debilidad insigne.

Poniéndose de pié é irguiendo noblemente su cabeza, Elena le señaló el féretro con un ademán sublime, pronunciando al mismo tiempo estas tres palabras:

— ¡Era mi hija!

— ¡Era!... repitió con tono paternal el doctor Ozam, atrayendo á Elena hácia su pecho. ¡Era!... luego ya no es... ¿Qué es lo que queda aqui?... un poco de carne medio descompuesta, nervios sin elasticidad, sangre que ya no circula, unos ojos sin vista, una garganta sin voz y oídos que ya no oyen... un poco de fango, en definitiva.

¡Vuestra hija!... ese cadáver del que la naturaleza fecunda hace germinar ya la vida inferior cuyos elementos vitales lo harán desaparecer en breve. ¡Vuestra hija!... ese fango que se transformará mañana en verde yerba, que florecerá en rosas, y que devolverá á la tierra todas las esencias de vida que habia tomado de ella... No, no, eso no es vuestra hija... eso no es mas que el traje delicado con que ella se habia revestido para atravesar nuestra vida de dolores y pruebas;